



Louis Couperus

# Los dos pintores

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Louis Couperus**

## **Los dos pintores**

El Viejo había ido aquella mañana temprano al vendedor de pintura, que tenía su tienda detrás del Argiletum, el barrio de las librerías en Roma.

– Bueno, ¿qué tal, maestro? – preguntó familiar y respetuoso el vendedor de pintura, al viejo artista, cuyo aspecto era el de un viejo gruñón, huesudo y nudoso, con su sucia camisa de trabajo, el pelo gris, fosco alrededor de su triste faz, la barba gris larga como la de una divinidad fluvial; estaba continuamente despistado mesándose aquella barba.

– Vaya – gruñó el Viejo – así, así Tertius, no muy bien. Cómo puede irle bien a un viejo pintor en estos malditos tiempos.

– Pero el hecho de que vengas a mi tienda, Viejo – dijo Tertius, puesto que no sabía el nombre del pintor – demuestra que necesitas pintura, y que necesites pintura demuestra que tienes un encargo.

– Claro, claro – gruñó el Viejo – tengo que pintar de nuevo las paredes de un comedor de verano para el senador Fulvius Tubertus y vengo, sin lugar a duda, a escoger la pintura en tu tienda. Y he comprado un esclavo muy diestro para ayudarme.

– ¿No es ésa una buena razón para estar alegre, sobre todo en estos tiempos en los que gobierna el emperador Titus? .

– Mmmm – gruñó el Viejo – Si Titus me hubiera dejado pintar alguna de las salas de las Termas, que él ha instaurado... Ven, Tertius, enseñame ocre amarronado, lo necesito, para el fondo.

Tertius le mostró un gran tormo ocre amarillento que tenía agarrado con ambas manos.

– Éste es demasiado amarillento – gruñó el Viejo.

– Lo puedo impregnar de vinagre, después de haberlo calentado al rojo vivo; así se convertirá casi en púrpura.

– Tengo que tener ocre amarronado– sostuvo el Viejo.

– Ése – Tertius mostró otro tormo – después de calentado y puesto en vinagre se convierte seguro en marrón...

Un joven entró enérgico.

– ¡Salud, Tertius!

– ¡Salud, maestro! – respondió Tertius.

El viejo gruñón levantó los ojos. ¿Quién era aquel joven imberbe, que con tanto garbo entró en la tienda y que fue recibido por Tertius con tanto honor?. No sabía que Tertius no tenía memoria para todos los pintores de Roma, que compraban pintura en su tienda y que por esa razón a todos llamaba "maestro", cuando sabía que, al menos no eran esclavos.

El Viejo y el Joven se miraron a los ojos. El joven vislumbraba claramente en el Viejo otro pintor. El viejo vislumbraba en el joven un contrincante. El Viejo sintió envidia, el Joven experimentó en su alma de pintor una extraña mezcla de veneración y compasión.

– Perdóneme – dijo el Joven al Viejo – Deje que Tertius le ayude que yo espero hasta que acabe.

El Viejo reconciliador, asintió de que le parecía bien y le dijo a Tertius, señalando al tormo ocre:

– Si ese ocre se convierte realmente en marrón y no en bermellón o púrpura, me tienes que preparar una cantidad, suficiente... suficiente para tres paredes de un comedor de verano...

Y aguardó, curioso por si el joven quería saber para quién era la sala de verano.

El Joven, sin embargo, no preguntó nada. El Viejo, curioso, no se marchó. Miró, aparentemente interesado, en el taller detrás de la tienda; allí había tres esclavos ocupados en preparar *caeruleum*: azul celeste; uno frotaba arena con potasa tan finamente, que se le deslizaba entre sus manos como si se tratara de harina, encima de una gran plancha redonda de mimbre; otro limaba finamente cobre chipriota; el tercero tomaba la arena fina como la harina y el cobre y los regaba alrededor con agua para amasarlos y hacer bolas. Un cuarto esclavo tomaba de las bolas, que estaban puestas a secar, las más secas y las echaba dentro una gran vasija de barro en un horno. Encima del fuego amarillo, en la vasija, sobre las bolas hirvientes se producía milagrosamente un bonito color azul cielo.

– Estoy preparando tu *caeruleum* – dijo Tertius, y señaló el taller – mire, ¡qué bonito azul celeste!

– ¡Precioso, Tertius – afirmó el joven pintor. Pero hoy vengo también por el negro: tengo que tener mucho negro, para el fondo de mis pinturas pompeyanas...

El Viejo frunció el ceño. ¿Mucho negro? ...¿cuánto? ... ¿y para quién? ... La curiosidad le corroía.

– ¿Le parece bien que lo prepare en la sala de espera? – dijo Tertius – Mira quemamos resina en este horno: el humo se esparce por todos los respiraderos y se fija en las paredes y en la bóveda redonda de la sala de espera. Entonces recogemos el negro, y lo mezclamos con la cola: ¡Ése es el negro más bonito!.

– ¡Necesito mucho negro, Tertius!.

– Entonces quemaré ramas de vid y astillas de pino, maestro. O seco en el horno orujo de vino. Frotado con cola por encima se convierte en un colorante que supera en suavidad incluso al negro convencional y tiene un brillo azulado como el del añil.

– ¡Produce todo el negro que puedas, Tertius, para mis paredes pompeyanas!.

El Viejo no lo soportó más. Cegado por el resplandeciente azul celeste, que se produjo en la vasija llena de bolas que estaba sobre el fuego amarillo del horno, se aproximó, de pronto, vehementemente, y preguntó con animadversión:

– ¿Para qué necesitas tanto negro, joven?

– Para las paredes de algunas salas en de las Termas, que ha fundado nuestro clemente emperador Tito, maestro.

El Viejo parecía pálido de envidia en el resplandor amarillo del fuego, encima del cual las bolas azul celeste hervían.

– Así que – dijo – ¿tú eres el que decora las salas de las Termas de Tito?.

– Sí, seguro – dijo el Joven, que le había comprendido inmediatamente.

– Y ¿tú eres seguro de la nueva escuela? – preguntó el Viejo.

– Creo que sí – dijo el Joven con una sonrisa de disculpa.

El Viejo rió con una risa sarcástica y envidiosa.

– ¿Quieres que te diga una cosa? – exclamó y sus ojos negros echaban chispas, en las arrugas de su viejo rostro – Vosotros no *sois* pintores. Tú no eres pintor, si tomas parte en esas raras cosas nuevas. ¿Sabes lo que es pintar? Dime: ¿sabes lo que es pintar?.

El Joven, asaltado, quedó en deuda de una respuesta.

– Pintar – exclamó el Viejo – es representar con color lo que es o puede ser. Una persona, un edificio, un barco, y otras cosas; cuyas formas precisas se toman prestadas como

modelos para una pintura. Así nos enseñaron los viejos pintores a nosotros. Y nosotros hicimos como ellos; ¡hemos reproducido sobre hermosos fondos en ocre amarronado nuestras pinturas de paredes, cubiertas de mármol y, cornisas y fachadas triangulares!.

– Sí, seguro – dijo el Joven, algo reposado e indulgente.

– De aquella representábamos toda la arquitectura en las paredes, que pintábamos con "ilusión óptica" o reproducíamos en grandes salas de reunión a cielo abierto, escenas con el fondo de los edificios del teatro.

– Eso es sabido – admitió el Joven.

– ¡Hemos decorado las paredes de los paseos porticados con pinturas de paisajes, puertos, promontorios, estrechos, praderas llenas de flores, pastores! ¡Hemos buscado en los sublimes edificios del estado la representación de las escenas mitológicas, hemos pintado la lucha contra Troya, y la odisea de Ulises!.

– Lo sé, por Póllux – dijo sin resistirse el joven.

– ¡Pero todo estaba representado a imitación de la naturaleza! – vociferó el Viejo más enfadado en la cara del Joven – pintábamos imitando la realidad y lo más fielmente posible, lo que veíamos, con los ojos, ¡con estos ojos!.

El Viejo señaló a sus ojos, como si se los atravesara; el Joven no dijo nada más; en el taller los esclavos cesaron de trabajar: un joven con un fuelle, miro boquiabierto y no soplaba al fuego...

Hasta que Tertius, le insultó entre dientes...

– ¡Pero vosotros! – exclamó el Viejo –jóvenes y nuevos pintores, ¡vosotros ahora pintáis cosas, que no existen!.

– ¡Sí, en nuestra fantasía!.

– ¡Qué no pueden verse con los ojos!.

– ¡Con los ojos de nuestra imaginación!.

– ¡Vosotros os imagináis las cosas más imposibles! ¡Y todos vosotros seguís esa moda necia, esos tontos caprichos! En lugar de columnas, pones cañas; puede una caña sostener algo ¿me pregunto yo?. Para la fachada de un techo tomas un caprichoso ornamento rallado y ondulado con hojas rizadas y pámpanos y tallos enroscados: ¿es comprensible y puede llamársele a eso una fachada? ¿en qué casa has visto alguna vez una fachada así?.

– Es una nueva visión, yo reconozco que...

- En una silueta de un farol colocáis una figura humana, mitad sátiro, mitad acróbata, en cuclillas, con ambas manos en los muslos; ¿¿qué significa eso??.
- Eso significa, padre, una combinación artística de líneas elegantes, que el artista en ese momento...
- ¡Desengáñate! Lo que significa es: ¡trabajo de necios! ¿Dónde has visto que un capullo crezca de la cabeza de una mujer?.
- ¡Algo parecido veo con frecuencia y no en mis sueños más fantásticos!.
- ¡O un medio dragón o figura humana, cuyo cuerpo acaba en una ondulación y un rizo, que se hace sinuoso en el absurdo, hasta que se ha llenado todo un ángulo de la pared!.
- ¡Nosotros vemos más de lo que solamente es visible!.
- ¡Ya te lo digo: esas cosas no existen y no existirán jamás! Una pintura es una representación con talento de lo que es y puede ser, pero ¡eso ni ha sido ni podrá jamás ser! ¿cómo es posible que una hoja de parra soporte a una figura sentada, que no tiene piernas, sino tallos de vid en su lugar?.
- ¿No te has dado cuenta de la maravillosa armonía, sobre todo decorativa, que producen tales representaciones, si a la izquierda y derecha, matemáticamente a la misma altura y anchura del espacio de la pared, se reproducen de nuevo?.
- Son falsedades, joven, te lo digo yo, ¡inculcadas por mentes enfermas, que oscurecen vuestra inteligencia! ¡Son las visiones de un enajenado mental! ¡Es una pesadilla llena de larvas! ¡Y eso es pompeyano, eso es lo que vosotros aportáis a Roma, en las Termas de Tito, nada menos! ¡No sería algo bonito, pintar las cosas tal cual se ven!.
- Así las vemos nosotros, como las pintamos.
- Vosotros no tenéis razón de verlas así. Yo pinto para el senador Fluvius Tubertus, un triclinio veraniego, con un fondo ocre...
- La emperatriz Livia tiene ya un fondo negro en su comedor...
- Eso es otra cuestión. Allí cuelgan guirnaldas clásicas de festones de rosa sobre lo pintado. Eso, ves, existe, eso lo puede ver todo el mundo, guirnaldas sobre festones de rosa. ¡Pero una ventana que acaba en una antorcha...!.
- En el arte etrusco...–
- Si imitas, imita con razón. Sé sensato, no te vuelvas absurdo. Vuestro arte, joven, no permanecerá... ¡Son solo caprichos de moda! ¡Incluso... incluso si los pintáis bien!...

El Viejo se había girado envidioso. Espetó a Tertius en la cara:

– Bueno, tengo que tener ocre amarronado. Nada de ocre amarillento o púrpura. Para las tres paredes del comedor veraniego del senador Fulvius Tubertus. Encima pintaré pájaros y peces y fuentes con fruta, ánforas, vajilla, música y juegos: ¡¡Todas las cosas que existen, joven, y que ves, que ves con los ojos!!.

El Viejo casi se pinchó otra vez en los ojos, y se marchó encolerizado, refunfuñando...

– Pobre viejo – dijo el Joven.

– No soporta a los nuevos maestros, maestro – dijo Tertius el comerciante de pinturas, compasivo y desdeñoso – Y que quieres, lo nuevo siempre gana....

– No siempre...

– Si se tiene razón.

– Sí, sí, entonces sí. Pero ¡quién tiene razón! ¡qué tiene razón! Tertius, ¿te cuidarás de conseguirme el negro? Te enviaré mis esclavos, pasado mañana.

– Ya me encargo de ello, maestro. ¿Y el azul?

– Es precioso...

El Joven observó un rato lleno de placer como se producía el azul celeste. Los esclavos de la pintura amasaban, restregaban: el muchacho con el fuelle se afanaba, hasta que los ojos se le salían de las órbitas.

Después se apresuró, saludó ligeramente de nuevo y se marchó hacia los muros de las Termas de Tito. Cambiaría los huecos negros por rojos... y pensó si no necesitaría dos esclavos más, para cubrir tantos espacios de púrpura y negro...

Mientras se apresuraba, sonrió pensando en los peces, pájaros y frutas de las pinturas de las paredes del triclinio del senador, ...

Siglos más tarde Rafael pintó los grotescos decorados de los Loggia según las fantásticas pinturas de las paredes de las Termas de Tito, desenterradas entonces, medio difuminadas, y más tarde de belleza totalmente desfigurada.

El presente libro ha sido traducido y digitalizado por la voluntaria Lorena Diez  
Cazón.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

